

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay un escritor que acaba de desaparecer sin ruido, como desaparecen todos ahora, en su patria, y merece que nos formemos idea de su personalidad. No encuentro un estudio especial de él entre mis libros, porque es mucho más difícil recoger juicios y datos acerca de lo reciente, y esto no se creará, aunque, como todo fenómeno, tenga su natural y plausible explicación.

No sé pues de Remy de Gourmont sino lo que de sus numerosas obras he leído, y algo que de palabra me dijeron algunos compatriotas suyos. Me refirieron que era un espíritu ulcerado y lleno de amargura, y este estado de su alma se debía a la extraña fealdad y deformidad de su cuerpo, que le impulsaba a ocultarse y a huir del trato humano. No obstante, se creía que el amor, en forma muy ideal y platónica, le dominaba, y que una bella, elegante y fastuosa dama americana era para él (dentro de los límites de la mayor honestidad), lo que fué para Leconte de Lisle la que él llamaba «rosa viviente, flor de Louveciennes». Hay que reconocer que es un lindo dato biográfico y que sugiere hasta poesía sentimental. ¡Esmeralda y Cuasimodo!

Las huellas de estos sentimientos, quisiera descubrirlos en los escritos del crítico del *Mercurio de Francia*; pero me temo que el mismo pudor que le llevaba a exhibir lo menos posible un semblante calificado de monstruoso, le llevaría también a aislar su vida de sus obras.

Sin embargo, él mismo lo dice: la crítica es el más subjetivo de todos los géneros literarios: es una confesión perpetua; creyendo analizar las obras ajenas, nos descubrimos a nosotros mismos, nos exponemos al público. Fundo en esto mi esperanza de ver, al través de las páginas del crítico, el alma enferma del hombre.

Y la entreveo en un estudio sobre *Nietzsche y el amor*, inserto en los *Paseos literarios*. Nietzsche (a quien Gourmont niega conocimiento del asunto), asegura que, en las mujeres, el pudor está en razón directa de la belleza. Y Gourmont entiende, al contrario, que lo que puede aumentar el pudor es el convencimiento de una imperfección física. Tiene de fijo razón. Además, esta punzante idea de la imperfección física se explica en él; respira por la herida, involuntariamente.

Probablemente del mismo origen, de la ulceración moral, dimanen ciertos acerbos desahogos, como el artículo titulado *Los amores de Chopin y Jorge Sand*. Jamás hubiese escrito cosa semejante el sagaz Lemaitre; se lo hubiese vedado su buen gusto. Diatribas de ese jaez están fuera de la crítica estética, literaria y hasta psicológica, y entran en los dominios del libelo. Cuando se desborda así la vejiga de la hiel, es síntoma de la profunda úlcera de que he hablado. Y aquí la úlcera puede tener dos causas: el amor propio sexual, y el amor propio literario.

El amor propio sexual lastimado se descubre generalmente en el tono con el cual habla Gourmont de la mujer, de los libros escritos por mujeres, de cuanto con la mujer se relaciona. En vez de prestar atención a lo que pueden significar, literaria y artísticamente, esos libros, todo se le vuelve interpretar, con insistente malevolencia, el dato del sexo. La mujer debe ser así; la mujer no puede ser así; la mujer, ante todo, debe mostrarse mujer... Y en efecto, cabe que la mujer atestigüe su sexo en una obra maestra, y recordemos las *Moradas* de Santa Teresa y los Cantos de Safo. Es decir, que el amor y el misticismo inspiran a la mujer, en cuanto mujer. Mas no por eso creo yo que deja de ser mujer si elige otros temas para su labor literaria. Ni entiendo tampoco que, para juzgar la labor literaria de una mujer, haya que estar pensando, con insistencia de idea fija, en que se viste por la cabeza. Si San Juan de la Cruz hubiese sido mujer, se diría que era la rival de Santa Teresa; y he ahí dos grandes escritores de distin-

to sexo, que han seguido la misma corriente, sin asombro de nadie.

Dado su modo de ser, Gourmont es antifeminista. Lo es con el antifeminismo quizás más peligroso: el que afecta reconocer a la mujer inmensa importancia — pero, ¡cuidado, dentro de su papel de mujer, eh!, no olvidarse —. «La sociedad — dice — está construida para la mujer; la mujer es la piedra angular. Por lo mismo, decae cada vez que abandona su oficio de mujer, para imitar a los hombres.»

No siendo Gourmont ni sociólogo ni jurista, no se le ocurre demostrar con razón alguna la afirmación de que la sociedad está construida para la mujer, la cual es su piedra angular. Si eso fuese cierto, las leyes y las costumbres serían favorables a la mujer, — y de eso andamos a cien leguas —. No sólo las leyes y las costumbres no son favorables a la mujer, sino que le son muy adversas y nocivas, justamente en aquello mismo que se relaciona con las funciones de su sexo. La severidad, la reprobación, la infamia caen sobre la mujer, al menor desliz. El hombre tiene en cambio la libertad más absoluta. A eso llama Gourmont «sociedad construida para la mujer».

También le sería difícil probar otro aforismo que sienta: que el hombre puede vivir en la abstracción, y la mujer no. A pesar del apoyo que trata de encontrar en Nietzsche, me gustaría que Gourmont mostrase cómo y por qué puede el hombre vivir en la abstracción y a la mujer le es imposible. Ante todo, ¿qué se entiende aquí por abstracción? Si es la posibilidad de abrazar ideales, defenderlos, morir por ellos, la mujer lo ha hecho bastantes veces.

Es tan burdo en esta cuestión el pensar de Gourmont, que cree que una mujer a quien agradase o convenciese la filosofía de Nietzsche, dejaría muy pronto los libros para ir hacia el filósofo. Verdades que inmediatamente reconoce que los hombres hacen lo mismo; cuando leen algo que les interesa, quieren conocer al autor. ¿Estamos? Este asunto de la mujer tiene el don de inspirar lugares comunes y alambicamientos. Y sería mucho más sencillo partir de la base de que no hay mujer, sino mujeres, tan diversas entre sí como lo son los hombres, y que por esta diversidad inmensa, aumentada con las diversidades de clima, nacionalidad, etc., todo cuanto de la mujer se afirma genéricamente, será de fijo una bobería inefable.

Los que no aceptan que mujeres y hombres son la humanidad, y que la humanidad tiene derechos que son comunes a sus dos géneros, no acertarán nunca. Y probablemente Gourmont sabía que no acertaba; pero su úlcera le impulsaba al libelismo, al desdén, a los sentimientos poco generosos que transpiran en sus artículos acerca de mujeres, por ejemplo, el ya citado de Jorge Sand, y el dedicado a Luisa Colet, que no habiendo tenido, y él lo dice, gran importancia como escritora, no debiera sufrir como mujer un examen tan despiadado. Es la anécdota galante, disfrazada de literatura.

Sin duda lo que acabo de escribir acerca de Rémy de Gourmont, es sólo sin duda un aspecto de su obra. Y aun es un aspecto incompleto, pues se ve que le ha preocupado bastante esta cuestión del amor y de las mujeres, y le ha dedicado libros que no tengo a mano, y que necesito seguramente conocer. Tales son los titulados *Dante, Beatriz y la poesía amorosa*, y los tres volúmenes de los *Epílogos*, y la *Física del amor*. Rémy de Gourmont ha escrito bastante: hay que reconocerle el don de interesar a sus lectores, trate la materia que trate; su labor no es para despreciada. En la novela, sin embargo, puede decirse que fracasó, no consiguiendo destacarse entre sus contemporáneos. Ni *Los caballos de Diomedes* ni *Una noche en el Luxemburgo* ni otras narraciones le abrirán las puertas de la inmortalidad.

Hay pues que incluir a Rémy de Gourmont en la clasificación de los críticos con tendencia filosófica. Esta tendencia, la labor de la crítica retrospectiva, no es, conviene decirlo, lo mejor en él. Lo más educador, es la parte observada de la realidad, los estudios y observaciones sobre gente de su tiempo. Tales son los muy interesantes sobre Huysmans, uno de los escritores acerca de los cuales se han hecho menos revelaciones íntimas, porque él era de suyo misterioso, y se diría que la sombra de su *Catedral* le envuelve el alma.

Yo comí en París con Huysmans, en casa de un amigo común. Era el año de 1886 ó 7 — de esto no estoy muy segura —. Huysmans, entonces, no era sino el novelista naturalista, pero no cabía en la escuela, y alrededor de esa fecha anda la famosa novela titulada *Al revés*. Recuerdo que hablaba poco, comía dengosamente, y tomó, antes de la sopa, de dos frasquitos de medicina. Le clasifiqué entre los

de mal estómago. El estómago ejerce casi mayor acción que el cerebro sobre la producción literaria.

Desde luego, la enfermedad del estómago es engendradora de melancolía. Huysmans no era un melancólico a la manera de los románticos, y tampoco era un desesperado como ciertos poetas que han andado al borde del abismo del suicidio. Pero la desesperación de Huysmans es de otro género, y no por eso menos amarga. Es la del réprobo, que está convencido de la existencia de Dios. Porque, el mismo Gourmont lo afirma, Huysmans conservó siempre un resto de fe, y al final de su vida la recobró por completo. No se trataba de una farsa, ni de un reclamo literario: la llamada conversión del autor de *La Catedral* fué sincera.

Al leer lo que cuenta de Huysmans su antiguo inseparable, Remy de Gourmont, pienso que acaso no existe en el mundo cosa más evitable que las amistades literarias. No es Huysmans sólo; es frecuentísimo el caso de que los amigos, los que dicen admirar a un escritor, sean los que le ponen de vuelta y media, y más si pueden suponer que el escritor les hace un poco de sombra. La envidia se convierte en detracción, y la detracción en calumnia. ¡Triste espectáculo! Gourmont refiere que Huysmans escribía hoy un billete de caluroso entusiasmo a una literata de renombre, y la víspera había estado calificándola de «camarera de cervicería», sin el menor motivo, pues es una señora formal. Y todo, como por juego, como arañan los gatos.

Gourmont, que refiere estos desahogos de sobremesa de Huysmans, ha practicado mucho un sistema que encierra también alta dosis de injusticia. Para combatir las reputaciones hechas ya, se empeña en descubrir otras que están naciendo, y que habrán de ser flores de un día. Y hace desfilar a los Quillard, los Renard, los Dumur, los Corbière, los Kahn, los Dujardin, los Mazel, nombres oscuros, que no dejarán de serlo. El uno ha contribuido a fundar el *Mercurio de Francia*; el otro ha escrito un soneto a la calavera de su antigua querida; el de más allá, unos estudios sobre el misticismo moderno; y catálogos codeándose con Mauricio Barrés, Pablo Verlaine y Mauricio Maeterlinck.

Es lo más característico de la literatura, que sean muchos los llamados y pocos, muy pocos, los escogidos. Y en el arte de escoger está la profunda diferencia entre el crítico y el mero cronista literario. Gourmont, muchas veces, no pasa de la segunda categoría.

Se me dirá que un hombre de la altura de Sainte Beuve hizo lo mismo, y pagó tributo a los secundarios. Y hasta que a veces hubo en ello sus miasmas de perfidia, porque Sainte Beuve tuvo poco de bonachón. Mientras viven los grandes escritores, se les puede molestar con el elogio y comparación con los secundarios, y sólo la posteridad ejerce el alta justicia. Pero Sainte Beuve no sé cómo se las componía, que tenía arte para escoger los secundarios a quienes consagraba una mención excesiva probablemente; y en esos secundarios, el interés de que careciese la figura, lo adquiría por las circunstancias especiales que se reunían en ella. Así, por ejemplo, en el *Diario de Oliverio Lefevre de Ormesson*, no hay méritos literarios, no hay atractivo, pero hay, el mismo Sainte Beuve nos lo dice, «utilidad para los que se ocupan de una rama de la historia, en un período dado del siglo XVIII».

Y no son tampoco tantos los secundarios a quienes Sainte Beuve ha otorgado el honor de un artículo especial, aunque sean muchos los que ha nombrado como de paso, lo cual no tiene nada de sorprendente. En literatura, la clasificación es necesaria para la crítica, y no hay cosa más funesta a la educación del gusto, que la confusión de los nombres realmente dignos de persistir en la memoria de las generaciones con los que inevitablemente tienen que olvidarse.

Es tanto lo que se ha escrito; y lo que se ha impuesto, que no habrá medio de evitar la selección que se impone. El barrido para fuera de los tiempos venideros será formidable. Y, ya entre los más contemporáneos, ¿no veis como se esfuman tantos y tantos nombres que un momento parecían destinados a la gloria?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA

La idea c  
neficencia,  
te, oportu  
homenaje p  
que me fun

En prime  
de esa conc  
el Rey hor  
convencion  
ciente, se c  
todos los l  
de obtener  
aquí que se  
un súbito  
lisonjear al  
en este cas  
sobradame

La guer  
tarea altam  
que ademá  
comiserac  
los miserie  
ha practica  
bella virtuc

Como no  
de todo el  
intenciones  
tes que afe  
tiene mérit  
y subalter  
persona, es  
contestand  
leer de cab  
pital no ter  
hiciese las

Hasta S.  
la caridad,  
na de lavar  
nero, tiemp  
tos seres q  
tad de su v  
su influen  
para obten  
suplicio a  
dad ensalz  
hiciesen, p  
era labor  
nos parece  
do por qué  
la propues  
cerlo tuvie

Y lamer  
ña (supon  
desgraciad  
que tortur  
poeta, el a  
más petrifi  
la rebelión

Todo c  
que sin d  
das, no di  
retrotrae  
un caball  
mire, no c  
silar, y no  
malher

Hay qu  
En Irland  
invasiones  
España) v  
reinado d  
dadero, n  
evangeliza  
San Patri  
dó su ind  
catolicism  
darla Ing